

Creerle a Jesús

Introducción.

Jesús de Nazareth nació cerca del año 7 antes de nuestra era y vivió hasta aproximadamente el 30 d.c. Durante sus últimos años de vida inició una labor de predicador ambulante, predicando la llegada del Reino de Dios e invitando a todos a sumarse a su construcción. Su predicación produjo efecto en multitudes, que luego se fueron decantando hasta quedar sólo con un grupo de pequeños seguidores. La radicalidad de su mensaje puso en jaque a las instituciones de su época, lo que provocó el conflicto que terminó con su muerte en la cruz, un castigo reservado por la Roma Imperial para los subversivos y agitadores que se oponían al orden establecido.

Las religiones cristianas actuales, son de alguna forma, las continuadoras de aquel primer movimiento formado en torno a Jesús y su mensaje, cargando ellas eso sí el peso de muchos siglos y las consiguientes modificaciones del sentido original del movimiento. Se produce, con el tiempo, un cambio de enfoque que es importante señalar, y que sucede en el caso de Jesús como en el caso de muchos otros líderes que han marcado a muchos y que han cristalizado en organizaciones que pretenden prolongar su legado. Me refiero a la diferencia entre poner el centro de atención en la persona de Jesús o en su mensaje, en otras palabras, en creerle a Jesús o creer en Jesús.

La fe en Jesús.

En el centro de la fe de muchos está la persona de Jesús, y la fe se articula en torno a su persona, su poder o su condición de profeta, de maestro o de Dios. Los ritos, las tradiciones y las prácticas buscan la adhesión a su persona, adhesión afectiva en muchos casos, y la confianza puesta en su poder, en sus milagros, etc. Queda así en segundo plano la adhesión a su mensaje, a lo que dijo y enseñó, y al proyecto transformador que lo llevó hasta la cruz. Se trata de adorarle, de confiar en él, de servirle, etc, pero no de hacerle caso. A nivel de declaraciones, todas las confesiones cristianas manifiestan esta dimensión de fe en su mensaje, pero a nivel de prácticas de los cristianos concretos, muchas veces el camino es bastante distante.

Es decir, la fe profesada es en la persona de Jesús y su papel como Dios, Salvador, curandero, Juez, pero no en su mensaje. Es necesario tomar conciencia de que lo central es el mensaje del Maestro y no su persona, o de otra forma, que creer en su persona implica también creer en lo que Él enseñó y comprometerse por hacerlo vida.

El impacto de Jesús.

El impacto de Jesús en su época estaba más en su mensaje que en su persona. Las gentes que lo seguían "*Quedaban asombrados de su doctrina, porque hablaba con autoridad*" (Lc 4,32) y El mismo criticó a los que le llamaban con reverencia, pero sin hacer caso a su mensaje: "*¿Por qué me llaman "Señor, Señor" y no hacen lo que les digo?*" (Lc. 6, 46). Rechazó claramente a aquellos que lo buscaban como milagrero o sanador, sin prestar atención a su mensaje, y buscó ante todo la fidelidad de sus discípulos a sus palabras.

El anuncio primero de Jesús es una llamada a la conversión, a cambiar: "*Se ha cumplido el tiempo y está cerca el Reino de Dios; conviértanse y crean en el Evangelio*" (Mc.1, 15). La conversión no es sólo una conversión intelectual o un proceso de cambio de prácticas religiosas. Se trata, en efecto, de una transformación total, al grado de compararse a un nuevo nacimiento, (cf. Jn. 3, 5 ss). La llamada evangélica es, entonces, una invitación a una nueva forma de vivir, según Dios.

El mensaje de Jesús

El mensaje de Jesús se centra en el anuncio del reino de Dios. El término Reino de Dios es tomado por Jesús de la tradición de los profetas, constantes anunciadores de la fidelidad a la alianza hecha por el Dios que los liberó de la esclavitud y les enseñó un camino de libertad, denunciadores también de toda injusticia y opresión, y protectores del pobre y oprimido. Jesús anuncia que ese Reino ha llegado y viene a realizarse a través de la liberación de todas las miserias humanas.

La vida en Jesús es preciosa, no puede reducirse sólo a la sobrevivencia, pues "*la vida es más que el alimento*" (cf. Mt. 6, 25) y salvar la vida prevalece sobre cualquier mandato, incluso sobre los religiosos (cf. Mc. 3, 4), pues Dios "*no es un Dios de muertos, sino de vivos*" (cf. Mc. 12, 27). La misma actividad de Jesús está abocada a combatir todos los males que limitan la vida, especialmente la vida de los pobres y sencillos: El hambre (cf. Mc. 6, 35-44), la enfermedad (cf. Lc. 7, 13), la tristeza (cf. Mc. 1, 22; 6, 2), la ignorancia (cf. Mt. 9, 36), el abandono (cf. Mt. 11, 28; Mc. 1, 40-41), la soledad (cf. Mc. 2, 23-28; 3,4), el legalismo que mata (cf. Mc. 9, 38-40; Jn. 4, 9-10), la discriminación (cf. Mt. 23, 13-15; Mc. 7, 8-13), las leyes opresoras (cf. Mt. 5, 20; Lc. 22, 25-26), la injusticia (cf. Mt. 28, 10; Mc. 6, 50), el miedo (cf. Mt. 26,36), los males naturales (cf. Mt. 8,16-17), el sufrimiento (cf. Mc. 2, 5), el pecado (cf. Mc. 5, 41-42; Lc. 7, 11-17), la muerte (cf. Mc. 1, 25-34; Lc. 4, 13), el demonio (cf. Jn. 11, 21.32). Así, acción liberadora y anuncio evangélico se funden en una sola cosa, como diríamos hoy, la práctica acompaña la teoría.

Jesús realiza una fuerte crítica al sistema social de su tiempo, precisando criterios distintos a los "oficiales" y francamente transgresores, una pequeña muestra nos lo ofrece Marcos en los seis primeros capítulos de su evangelio:

- El perdón de Dios está siempre a la mano y no depende del Templo (cf. Mc. 2, 5-12)
- Todos tienen derecho a ser tratados en igual dignidad, nadie puede ser marginado (cf. Mc. 2, 15-17)
- El ayuno y las tradiciones deben ser relativizadas frente a la llegada del Reino (cf. Mc. 2, 18-22)
- La Ley de Dios debe estar al servicio del ser humano y esto no debe ser esclavizado por ella (cf. Mc. 2, 23-28)
- El poder del mal está derrotado. El poder del bien siempre es más fuerte (cf. Mc. 3, 23-30)
- La verdadera cercanía de Dios no se logra por parentesco o pertenencia a un pueblo o institución determinados, sino por una sola cosa: por el cumplimiento de la voluntad de Dios. (cf. Mc.3, 31-34)
- El fruto de la fe no es el temor, sino la esperanza (cf. Mc. 4, 40)
- La pureza y el bien nos viene por la fe en Dios y su amor, y no por prácticas rituales o religiosas (cf. Mc. 5, 34-36)
- El anuncio del Evangelio no se hace por la fuerza, sino por el testimonio (cf. Mc. 6, 7-13)
- El Reino de Dios se manifiesta cuando se comparte la vida con los pobres, poniéndonos a su servicio (cf. Mc. 6, 30-44).

Podríamos abundar en ejemplos. La transformación social que Jesús propone y mediante la cual se manifiesta el Reino, está marcada por valores éticos que deben vivirse cotidianamente, tanto en la vida personal como social, evitando el uso de la fuerza para imponer esos criterios, sino promoverlos mediante el testimonio de una vida coherente.

Resumiendo, podemos definir algunos criterios básicos sobre este Reino y sus consecuencias:

- * El Reino de Dios no puede identificarse con ningún sistema político, social o económico. Su dinámica es de un orden distinto y conlleva una transformación total de la vida individual y social de quien se decide a aceptarlo.
- * El Reino no es una realidad atemporal y meramente individual. Debe impregnar las estructuras sociales y políticas, en preparación a su pleno advenimiento al final de la historia. La construcción del Reino es colectiva, implica el ponerse del lado del pueblo y de su lucha.
- * Todo impulso liberador y todo proceso de transformación social que busque el bienestar de los hombres y el reconocimiento de su plena dignidad, lleva dentro de sí signos del Reino por venir, y por ello debe ser alentado y purificado de otras intenciones que no sean las del bien del pueblo y su liberación.
- * El Reino crece y se manifiesta en un mundo que le es hostil, enfrentado a las fuerzas del mal que pretenden frenar su crecimiento, o por lo menos, dilatarlo. Pero ellas están derrotadas y su poder es sólo aparente. Pues más allá de sistemas opresivos y tradiciones esclavizantes, más allá de las limitaciones de cada uno y de los intereses mezquinos, una realidad nueva surge en el trasfondo de la historia, realidad que en definitiva transformará el mundo con su fuerza, como la levadura a la masa.
- * La Comunidad Creyente deberá ser signo de una convivencia social fraterna y solidaria, distinta de la que vive el mundo, mostrando así ya en esta tierra las primicias de lo que será aquél día en que el Reino haya llegado a su plenitud.
- * Mientras dure la historia, los discípulos serán siempre peregrinos en un mundo extraño, en busca de un mundo y una realidad distinta de la que el mundo ofrece, pero sin alejarse de ese mismo mundo. Es lo que dice Jesús en el evangelio de Juan: *"Yo les he dado tu Palabra y el mundo los ha odiado, porque no son del mundo. Como yo no soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los protejas del mal"* (Jn. 17, 14-15).

Creer a Jesús.

Los discípulos del Maestro son quienes le creen a El y no sólo en El. Su fe en Jesús no es mágica y ni acomodada a sus propios intereses, sino franca y liberadora, comprometida con la construcción de una sociedad y de una convivencia entre los hombres según el mensaje proclamado por Jesús. Nuestra fe, debe volverse compromiso efectivo por la causa de la liberación, llamada constante a "cambiar de vida", a recomenzar el camino hacia una verdadera convivencia humana, donde las relaciones, las estructuras, los sistemas políticos y económicos, sirvan y protejan al ser humano concreto, protejan la vida y busquen el desarrollo de una civilización donde

la dignidad de todo ser humano sea sagrada y esto se exprese en condiciones de vida dignas para todos, particularmente los pobres y oprimidos de cualquier forma.

Creer a Jesús implica ponerse en su seguimiento, compartir su vida y su misión, ser solidario con su destino, que es el del pueblo y de los pobres, y estar dispuesto a sacrificar la vida por construir el Reino de justicia y solidaridad que El proclamó. Es esto lo que constituye a un cristiano y no su confesión religiosa, su pertenencia o no a cierto grupo, o sus actos de devoción.

Pueden resultar iluminadoras, a este respecto, las palabras del Concilio Vaticano II sobre la labor de los cristianos en el mundo:

"Aunque hay que distinguir cuidadosamente progreso temporal y crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios (...) El Reino de Dios está misteriosamente presente en nuestra tierra; cuando venga el Señor, se consumará su perfección" (Gaudium el Spes, 39)

"Se equivocan los cristianos que, pretextando que no tenemos aquí ciudad permanente, pues buscamos la futura, consideran que pueden descuidar las tareas temporales, sin darse cuenta que la propia fe es un motivo que les obliga al más perfecto cumplimiento de todas ellas según la vocación personal de cada uno." (Gaudium el Spes, 43)

La pregunta se vuelve nuevamente apremiante:

¿Crees en Jesús o a Jesús?....

José Johnson Mardones.